

alto en el mundo, como una ciudad edificada sobre el monte (1) y visible á los ojos de todos. Guia mis pasos hácia su morada: yo la saludo de antemano con efusion, y pongo al hombre con confianza entre sus manos para que le conduzca á su destino.

(1) San Mateo, V. 14.

## CAPITULO III.

EL CRISTIANISMO DA AL HOMBRE LA VERDAD RELIGIOSA.

A los primeros pasos que da el hombre para averiguar si la verdad religiosa ha bajado del cielo y se halla en alguna parte sobre la tierra, se le presenta desde luego el cristianismo: «Yo soy á quien buscas: voy á decirte lo que tanto interés tienes en saber', y lo que tu razon no podría enseñarte.» Y en efecto; el cristianismo da una respuesta clara y precisa á cada una de las preguntas que el hombre hace en vano á la razon acerca de sus relaciones con Dios. Dejemos hablar en este punto á un filósofo, cuyo testimonio equivaldría, si fuese preciso, á una demostracion: «Hay un librito, dice M. Teodoro Jouffroy, que se hace aprender á los niños y acerca del cual se les examina en la iglesia: leed ese librito, que es el catecismo, y hallareis en él una solucion á todas las preguntas que he propuesto, á todas sin escepcion. Preguntad á un cristiano de donde procede la especie humana y lo sabe. Preguntad á ese pobre muchacho que en su vida ha pensado en ello, por qué está en este mundo y lo que será de él despues de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle como fué creado el mundo y para que fin; por qué ha puesto Dios en él animales y plantas; cómo fué poblada la tierra, si por una



sola familia ó por varias; por qué hablan los hombres diferentes lenguas; por qué sufren; por qué se batien, y cómo concluirá todo esto, y lo sabe. Origen del mundo, origen de la especie, cuestion de las razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creacion, nada de eso ignora, y cuando sea mayor no titubeará sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes; porque todo esto nace y se deriva con claridad y como por sí mismo del cristianismo. A eso es á lo que llamo una religion grande: la reconozco en que no deja sin respuesta ninguna de las preguntas que interesan á la humanidad (1).»

Pero las respuestas que da el cristianismo á esas preguntas, ¿son indudables? ¿Vienen del cielo, de la verdad eterna? En otros términos: ¿es divino el cristianismo? Escuchadle.

«Creéis en Dios, os dice, pues creed en mí tambien (2).» Creéis en Dios: hechos que están á vuestra vista y á vuestro alcance os demuestran su existencia. Pues bien: creed tambien en mí, espresion divina de sus pensamientos y de su voluntad.» Y enseñando al punto en sus manos el libro que contiene los hechos de Jesus su fundador: «Ved aquí mis primeros títulos, añade: ved aquí las primeras garantías de la verdad de mi enseñanza; hechos que no veis, que no tocáis, pero que son tan ciertos como si los viéseis y tocáseis, y por consiguiente tan incontestables como los hechos que os proclaman el nombre y la gloria del Ser supremo; hechos que solo pueden tener á Dios por autor.»

De este modo, el gran problema de la verdad religiosa se halla reducido al examen de estas dos cuestiones: ¿Son

(1) *Misceláneas filosóficas* por Th. Jouffroy.

(2) *Creditis in Deum et tamen creditis*: palabras de Jesucristo á sus discípulos el día antes de su muerte (San Juan XIV. 1.)

ciertos los hechos evangélicos? ¿Son divinos los hechos evangélicos? Cuestiones capitales cuya solucion importa sobre manera á todo hombre cuerdo y sensato; porque segun sea la solucion afirmativa ó negativa, deberá ir envuelta en ella la diferencia de un *si* ó un *no* en sus creencias y en su conducta.

Pero antes de entrar en esta grave discusion, sentemos el principio fundamental del testimonio histórico, y desembaracemos el terreno que vamos á recorrer de algunas dificultades preliminares, cuya sombra podría en ciertos ánimos oponer obstáculo á la luz de la verdad.

Sin el testimonio humano ¿qué sería la sociedad? Un imposible. Quitese esa base y todo se hunde, todo se confunde, todo se pierde. ¿Qué columna triunfal es esa sobre la cual veo escritos en bronce los mejores hechos de armas de nuestros soldados?..... Solo lo sabeis por testimonio. ¿Qué es ese palacio monumental, noble asilo de los restos vivientes de nuestras victorias?... No lo sabeis sino por testimonio. Mas todavía: ¿qué es vuestra nacion, cuál su gobierno, cuál vuestra familia, vuestra edad, vuestro nombre? Solo lo sabeis por testimonio: todo eso es historia.

Si, me direis, el testimonio humano para los hechos naturales que no traspasan el horizonte de nuestra experiencia, enhorabuena; pero en los títulos primitivos del cristianismo es diferente: ahí se trata de milagros.—¿De milagros? Bien, ¿y qué importa? Los hechos naturales se ven y se tocan ¿no es cierto? Pues los milagros tambien. Un hombre vivía paralítico desde que nació; eso se veía y se tocaba: curado instantáneamente por algunas palabras de otro hombre, anda como el que está sano y bueno: eso se ve y se toca. Un hombre habia muerto y estaba embalsamado y enterrado hacia días; eso se veía y se tocaba: ahora está lleno de vida; eso se ve y se toca tambien. Y si el testimonio no basta para asegurar el estado posterior del paralítico ó del muerto, tampoco basta



para asegurar su estado anterior, lo cual nadie osará decir. Esto es lógica franca y categórica, lo que cumple al buen sentido mas simple y demostrativo.

¿Pero cuántas veces los testigos de un hecho extraordinario toman y dan ligeramente por milagro lo que no lo es! Decis bien, y por eso lo que les pido no es eso. ¿Han visto y han visto bien? ¿Son sinceros en su dicho? Eso es cuanto necesito de su parte. Si hay ó no milagro en el hecho atestiguado, no es cuenta suya: lo es mía.

¿Pero son posibles los milagros? Si no lo son ¿de qué sirven todos los testimonios del mundo?

¿Son posibles los milagros? Si me fuese lícito ser tan rudamente verdadero como Rousseau en esta ocasion (1) diría: Pregunta de loco: no cabe respuesta. Pero sé lo que debo á mis interlocutores, lo que debo á la causa que defiendo, lo que me debo á mí mismo... ¿Son posibles los milagros? Es decir, ¿puede el legislador poner escepciones á sus leyes? Al crear Dios las leyes de la naturaleza, ¿se ha condenado fatalmente á no suspender jamás su curso, de suerte que esas leyes sean á pesar suyo, fuerzas indomables, necesidades matemáticas, inmutables? En otros términos; ¿al decretar Dios desde la eternidad la creacion de las leyes de la naturaleza, perdió la libertad, ó por el acto exterior de la creacion que ha realizado su decreto eterno, ha llegado á ser esclavo de su obra? ¿Son posibles los milagros? Contestaré todavía: eso se ve y se toca: los milagros son hechos positivos, luego son posibles: contra hechos establecidos todos los sofismas de todos los paises y de todos los tiempos desaparecen en humo. Si; los milagros son hechos positivos, ó no hay, como se verá mas adelante, hecho real y probado en el mundo cuando no lo veamos con nuestros propios ojos, y lo toquemos

(1) Esta cuestion seriamente tratada, dice, sería impía si no fuese absurda: sería hacer demasiado honor al que la resolviese negativamente el castigarle: bastaría encerrarle. (*Cartas escritas de la montaña.*)

con nuestras propias manos. Fácil es deducir las consecuencias que de ahí se desprenden.

Pero de todos modos ¿no es siempre mas probable que los testigos se engañen ó nos engañen, que no el que se interrumpa el curso ordinario de las leyes de la naturaleza por un milagro? Aun cuando solo hubiese igual probabilidad de una cosa que de otra, debo permanecer en la duda. Poniéndome en lo peor, aunque la ilusion ó la impostura de los testigos fuese un prodigio, tanto vale para mí lo uno como lo otro: no creo, no niego, permanezco neutral, me abstengo. Enhorabuena, como juzgueis un mal sofisma como una barrera insuperable: no, como consintais en seguirme. Que Dios, por ejemplo, devuelva la vida á un muerto, nada hay en ello contradictorio ni imposible: quien puede lo mas puede lo menos. Pero que el testimonio humano, numeroso, uniforme, constante, concienzudo, desinteresado sobre un hecho palpable, importante, público; que el testimonio adornado, en una palabra, de todos los caracteres que demostraré ser suficientes para excluir la ilusion ó la impostura, sea, á pesar de todo, fruto de la impostura ó de la ilusion, eso sí que es una contradiccion verdadera, un prodigio absurdo que echa por tierra á la sociedad y hasta al hombre mismo: de consiguiente es una imposibilidad absoluta. De manera que no nos hallamos colocados entre una probabilidad mayor y otra menor, ni entre dos probabilidades iguales, ni entre prodigio y prodigio, sino entre lo posible y lo imposible, lo racional y lo absurdo. Y entre estos dos extremos ¿quién se atreverá á permanecer neutral?... De consiguiente hay que elegir: mi eleccion está hecha, y la vuestra tambien, como no puede menos de suceder entre las vias tortuosas de una filosofia sofística, estrecha, superficial; y la franca marcha de una discusion amplia, profunda y de buena fé sobre la certeza de los hechos primitivos del cristianismo. Enhorabuena que seais exigentes y hasta la exageracion si quereis; pero al menos sed jus-



tos y proceded de buena fé: eso me basta para satisfaceros.

¿Qué necesitais para vuestra conviccion acerca de un hecho grave, gravísimo, del cual penda, por ejemplo, la vida de un hombre?... Testigos oculares que hayan visto bastante para no engañarse; testigos probos que no os engañen. Y si no teneis posibilidad de ver y oír por vosotros mismos á esos testigos, pedís, y con razon, una garantía equivalente á su deposicion oral, garantía por necesidad histórica, cuando los testigos han dejado de existir; porque no hay comisiones rogatorias para los muertos. No es esto sentar una teoría nueva ó que necesite ser demostrada por la razon: en todas partes se admite la prueba escrita para la validez de un título cualquiera: en la sociedad doméstica, en la sociedad civil, en la sociedad política, en todas partes decide del estado, del honor, de la fortuna, de la vida de los ciudadanos, como de los mas altos intereses de los reyes y de los pueblos. ¿Y por qué habíais de querer excluir arbitrariamente del derecho común á la sociedad religiosa?

Veamos, pues, si el cristianismo tiene á su favor pruebas de hecho escritas, equivalentes á la deposicion oral mas digna de fé y mas irrecusable. Y ante todo examinemos si el libro que nos presenta como comprobante de sus primeros títulos está realmente escrito por aquellos cuyos nombres lleva, porque un edificio histórico fundado sobre nombres apócrifos peca por su base.

Abro el libro de los cuatro Evangelios y le pido cuenta de sí mismo: todo libro, para el que sabe interrogarlo, habla en efecto sencillamente en pro ó en contra de su autenticidad. Ese libro dice ser obra de cuatro autores; dos testigos oculares, San Mateo y San Juan, y dos contemporáneos, San Marcos y San Lucas, que pertenecen, sin que nadie lo ponga en duda, al primer siglo de nuestra era; y no solo no presenta el menor indicio que desmienta aquella aseveracion, sino que en todas sus pá-

ginas abundan signos característicos propios de aquellos que dice ser sus autores. Su lenguaje, ya sea en el uso de las palabras, ó en la sintaxis, ó en las frases, locuciones y giros, recuerda la lengua hebrea de una manera bastante para obligar á uno á atribuirlo á judíos que conservan los idiotismos de su lengua materna, cada uno con su estilo particular; pero San Lucas, aunque no exento de hebraismos, tiene un estilo mas puro, fruto natural de su educacion y de su profesion social superiores á las de los otros (1). En los tres primeros se lee la profecía de Jesucristo, relativa á la ruina de Jerusalem, y no se hace mencion alguna de su realizacion, lo cual denota, en conformidad á la tradicion de la antigüedad, que fueron escritos anteriormente á aquella época: en San Juan, de quien la misma tradicion nos dice que publicó su Evangelio despues, no se habla de dicha profecía que no era ya tiempo de anunciar despues de realizada. En todos cuatro se hallan los pormenores mas detallados de los hechos y de las circunstancias accesorias á ellos, pormenores que exigen evidentemente un conocimiento íntimo y exacto del siglo y del país en donde colocaron las diferentes escenas de la vida y muerte del Hijo de María: se nota en ellos lo admirablemente adecuadas que estan sus lecciones á los diversos hábitos intelectuales y morales de sus oyentes; saduceos, samaritanos, discípulos, gente del pueblo; en una palabra, una perfecta armonía de las partes mas minuciosas de su historia con las noticias que nos ha dejado la antigüedad sobre los mismos objetos. Asi vemos que los soberanos de la Judea, Herodes el Grande, su sucesor Archelao, otro Herodes que se habia casado con Herodías, mujer de su hermano; Poncio Pilatos, gobernador en la época misma en que Herodes era tetrarca de la Galilea; Felipe su hermano, tetrarca de la Iturea y de la Trachonitida, y Lysanias, tetrarca de Abylene (2); Caifás, sumo

(1) Se sabe que era médico (Coloss., IV, 14).

(2) Se ha querido sostener que San Lucas supone gobernada la Siria



sacerdote en Jerusalem, mientras que Pilatos era gobernador de la misma; el tributo exigido por César, el sistema romano de las aduanas arrendadas por los publicanos establecidos en Cafarnaum y Jericó: los vendedores situados en el átrio sagrado del templo, según el uso de Roma; la mezcla de las costumbres judías y de las leyes romanas; las diferentes monedas, unas griegas, otras romanas, otras judías; griegas ó judías en las cosas relativas al culto, romanas en los asuntos civiles; la costumbre de los galileos de pasar por Naim para ir á Jerusalem; las circunstancias del juicio, de la ejecucion y de la inhumacion de Jesus; los nombres mismos de los sitios treinta años antes y treinta años despues enteramente diferentes, y la indicacion de sus usos, son otros tantos puntos, cuya exactitud se comprueba en Josefo, Tácito, Suetonio, Dion Cassio, Tito Livio, Plutarco, Filon, Justino, el geógrafo Strabon, y en los monumentos numismáticos de la antigüedad (1).

Sea cualquiera la historia, el país, el pueblo de que se trate, es ese un cúmulo tal de caracteres que comprobaria altamente y por mil títulos la verdad de la fecha del libro y la legitimidad de su origen (2). Pero se trata en el

por Cyrino en la época del empadronamiento que precedió al nacimiento de Jesus, siendo así que no la gobernó sino diez años despues, según la historia profana. Pero esa objecion desaparece ante la sencilla observacion de que el texto griego de ese Evangelio puede traducirse muy bien de este modo: «Este empadronamiento tuvo lugar antes de que Cyrino fuese gobernador de Siria.»

(1) Véanse *Ensayo de una introduccion critica al Nuevo Testamento*, según el *Einleitung* de Hug, por M. Cellerier: *Introduccion histórica y crítica á los libros del Antiguo y Nuevo Testamento*, por J. B. Glaire: *De las pruebas y de la autoridad de la revelacion cristiana*, por Chalmers; *Anales de filosofía cristiana: Pruebas sacadas de las medallas y de las monedas*, por Akermann:

(2) Esto lo hace mas sensible aun el ejemplo de los contrarios. Así vemos que Filostrato, historiador del famoso Apolonio de Tyanca nos asegura haber compuesto su libro por las memorias de Damis, compañero de viaje de aquel filósofo, y su narracion se halla frecuentemente en contradiccion con el estado de los sitios en que le hace viajar: conduce, por ejemplo, á su héroe á Babilonia, que nos pinta como una grande y sober-

Evangelio de un país y de un pueblo, que en la época indicada se hallaban en una situacion enteramente excepcional, y de ahí nueva fuerza, fuerza única en la reunion de esos mismos caracteres. «Recordemos, en efecto, la posicion de la Tierra Santa, entre los trastornos religiosos, políticos, geográficos y morales que precedieron y siguieron inmediatamente á aquella época. Dividida la Palestina, y siempre de una manera nueva, entre los procuradores romanos, los Herodes y los gobernadores de la Siria, pasaba la Palestina de unos á otros, según el capricho de los Césares, conservando algo de sus leyes propias y de sus magistrados naturales: viendo cada dia á algunas de sus poblaciones recibir de sus tiranos un nuevo nombre ó ser victimas de su furia, perdía rápidamente su fisonomía antigua y reemplazaba su antigua topografía por otra nueva que á su vez no tardaba en desaparecer; mansion de tres pueblos diferentes en costumbres y lenguaje, los Hebreos, los Helenistas y los Romanos, recibia necesariamente á la vez la triple influencia de estos, y sucesivamente tomada por Pompeyo, oprimida por Herodes, assolada por Tito y casi aniquilada por Adriano que destruyó cincuenta ciudades y novecientas ochenta y cinco aldeas (1), parecia cambiar cada dia de nombre, de aspecto y de leyes como de habitantes y opresores (2).»

¡Qué laberinto para un impostor que no hubiese sido testigo ó contemporáneo, y no estuviese perfectamente

bia ciudad, cuando en aquella época no ofrecia Babilonia mas que un desierto, una inmensa ruina. En otra parte nos presenta á Esparta como una ciudad libre en la época misma en que se hallaba sujeta al yugo de los Romanos (*Vita Apollon. Tyan. per Philostrat. Lemn. Sen.* lib. 1.<sup>o</sup>, cap. 2.<sup>o</sup>)—Iguales señales de impostura se hallan en la historia de la guerra de los judíos que tenemos con el nombre de Llegesippe: el autor que dice ser contemporáneo de Antonino y de Cómodo, nos habla de Constantinopla, de la Escocia, de la Sajonia que no existian entonces ó tenian nombres muy diferentes (*De bello jud.*, lib. III, cap. 5.<sup>o</sup>, cap. 15).

(1) Dio Xiphilin. *in vita Hadrian*; H. Steph.; Wechel.

(2) *Ensayo de una introduccion crítica al Nuevo Testamento*, por Cellerier.



enterado de la situación de la Judea! ¡Cuántos riesgos y qué probables de quedar vendido por algún error en los nombres, en las palabras, en la lengua, en la autoridad que debían corresponder precisamente á la cosa, al sitio, al momento á que tenía que referirse! Pero qué doble y cuadruple laberinto para nuestros historiadores diferentes! ¡qué riesgos cuatro veces mas numerosos y probables de quedar vendidos de cualquiera de esos modos!... Y sin embargo, todo está en su lugar y en su tiempo, todo está bien especificado hasta en las alusiones accidentales y fugitivas á las costumbres, á las instituciones, á la estadística de la época y del país: ahí están sino los trabajos de los sabios modernos, sus investigaciones eruditas, los testimonios de los autores profanos comparados y discutidos con cuidado, y el examen severo que se ha hecho sobre el particular, á veces con intenciones nada buenas y que ha dado siempre el mismo resultado, el de demostrar la asombrosa exactitud de los escritores evangélicos (1).

Vivían, pues, antes de la destrucción de Jerusalem los autores de los cuatro Evangelios, y de consiguiente antes del año setenta de nuestra era, en la época de los hechos que refieren: porque la destrucción de Jerusalem cambió totalmente el estado de la Judea, hundió para siempre el edificio de la sociedad judaica: y ¿en dónde sino en autores posteriores al siglo primero habrían tomado el conocimiento exacto de tantas circunstancias minuciosas, muchas de ellas transitorias, relativas á una nación cuya existencia anterior habia sido destruida? ¿Cómo habrían podido evitar los errores que no han evitado en este pun-

(1) *Ensayo, etc.*, por Cellerier.—Independientemente de las coincidencias que hemos hecho notar entre las narraciones evangélicas y las fuentes de la historia profana, Lardner, Michaelis y Paley, han señalado otras muchas que son tanto mas convincentes, cuanto que no aparecen como buscadas por los evangelistas; están poco pronunciadas, de suerte que se necesita mucho estudio y atención para descubrirlas, y se presentan además en tan gran número que no pueden nacer de la casualidad. (Véase *Introduc. histor. y crítica*, etc. por J. B. Glaire.—*Cartas sobre Jesucristo*, por Rossignol.

to los autores judíos, paganos ó cristianos de los siglos posteriores (1)? Luego en la historia evangélica hay verdad de época y verdad de origen: esto hay que admitirlo ó declararse de lo contrario extraño á las primeras nociones de la crítica.

Pero véase además con que carácter de ingenuidad está escrita esa historia. Cuatro autores refieren los hechos con tal unidad, que no parecen mas que un solo historiador, una sola historia, y con bastante diversidad para escluir toda idea de suposición y de impostura. ¡Y qué tono! ¡qué estilo! ¡qué candorosa sencillez! ¡qué rasgos tan marcados de hombres llenos de honradez y probidad! Tono, estilo, sencillez, rasgos de virtud, tipos exclusivos que no admiten ninguna comparación. ¿Se dirá acaso que la hipocresía y el engaño han sido los únicos en hallar el lenguaje mas natural de la verdadera sabiduría y de la buena fé?... Hechos, siempre hechos, hechos desnudos, sin reflexiones y hasta sin indicación de consecuencias, hechos espuestos con sencillez á los ojos del lector, como el espejo refleja los objetos tales como son, sin quitar ni añadir nada. Ellos refieren las cosas mas asombrosas sin mostrarse asombrados, sin dar á entender siquiera que el lector pueda asombrarse; hablan de lo que les toca mas de cerca, de lo que mas les importa, con la calma de la indiferencia. Diríase que eran los órganos pasivos de la historia (2). ¿Y es esa la conducta hipócrita, la marcha hábil y calculada de un falsario? Todo falsario se propone un objeto, quiere conseguirlo, y para ello pone los medios.

Y véase cómo ese libro *da testimonio de si mismo y cómo ese testimonio es verdadero* (3).

(1) *De las pruebas y de la aut. de la revel. crist.* por Chalmers.

(2) Esta consideración se hallará desenvuelta en el capítulo siguiente.

(3) *Et si ego testimonium perhibeo de me ipso, verum est testimonium meum* (San Juan, VIII, 14).

No nos detenemos aquí en la hipótesis echada á volar por Semler, Eichhorn y Marsh, relativamente á los tres primeros Evangelios, hipótesis, según la cual habria habido un solo Evangelio primitivo, del que se habrían



¿Pero olvidais, me dirá el incrédulo, que hay contradicciones en los Evangelistas? ¿Y olvidais, replicaré yo á mi vez, que no podeis razonablemente transformar *diferencias* en *contradicciones*? Polibio, Tito Livio, Suetonio, César, Floro, Plutarco, Dion Cassio, estarían en ese caso llenos de contradicciones y serían apócrifos. Y sin duda que no habeis pensado en acusarles de ello, ni en atacar la autenticidad de sus historias (1). ¿Olvidais, por otra parte, que dándonos lugar á poner en descubierto vuestra debilidad, duplicais mi fuerza y añadís una prueba mas á mis pruebas? ¿Cuál es el objeto de esas supuestas contradicciones? ¿Acaso hechos decisivos, esenciales? No, sino algunas circunstancias indiferentes ó algunos hechos secundarios que, aun cuando se suprimiesen, dejarían intacto el cúmulo de pruebas del cristianismo. Esas supuestas contradicciones ¿de qué provienen? O de errores de copistas, ó de que los Evangelistas no se ciñen al orden cronológico de los hechos, ó no lo indican de una manera precisa; ó de que refieren hechos ó circunstancias no idénticas, aunque semejantes en el fondo; ó de

sacado diferentes copias, aumentadas ya con arreglo á la tradicion oral, ya á monumentos escritos, y adoptadas la una por San Mateo, la otra por San Marcos y la otra por San Lucas. Baste hacer notar: 1.º que eso no es mas que una hipótesis que se desvanece lógicamente ante las pruebas positivas de la autenticidad de los Evangelios: 2.º que aunque M. P. Leroux la haya adoptado en su libro *De la Humanidad*, está hoy dia abandonada enteramente. Hug ha demostrado hasta la evidencia que es enteramente falsa en su principio, y de ningun modo logra el objeto del que la imaginó. Despues, M. Norton en una obra que publicó en Boston sobre la autenticidad de los Evangelios, ha destruido igualmente esa suposicion con argumentos irresistibles (Véase *Introduc. histor. y critic.*, por J. B. Glaire.—*Jesucristo y el Evangelio*, por F. E. Chassay).

(1) M. Eugenio Mussard ha demostrado que el relato de la muerte de Carlos el Temerario delante de Nancy contiene numerosas contradicciones en los diferentes historiadores que la han referido. Y sin embargo ¿quién se atreverá á poner en duda la autenticidad de sus escritos y la verdad de aquel hecho?... (*Exámen del sistema mythico*, por Eugenio Mussard). Polibio y Tito Livio presentan tambien en el relato del paso de los Alpes por Anibal, disonancias chocantes, antilogias insolubles sobre los hechos esenciales de aquel gran suceso (*Anales de filosof. cristiana*).

que el uno cuenta lo que el otro omite, el uno una parte del hecho y el otro la otra; ó de que uno cuenta las horas como los romanos y otro como los judíos, ó en fin, de que el uno traza la genealogía de José, el otro la de María; el uno, segun la ley, y el otro segun la naturaleza. Y ahora bien, unas cuantas *diferencias* que no recaen sobre nada esencial, y que hasta desaparecen por medio de explicaciones tan sencillas ¿podeis razonablemente llamarlas *contradicciones*? Queda, pues, en pie la fuerza de nuestras pruebas. Pero admitamos la hipótesis de que existan verdaderas contradicciones. O los Evangelistas han sido falsarios de acuerdo entre sí, y entonces ¿para qué son cuatro Evangelios? Tendríamos uno, uno solo redactado por cuatro impostores; y entonces tambien ¿cómo no han podido evitar esas contradicciones cuando el hacerlo era tan natural y tan fácil? O ha habido impostura sin ponerse de acuerdo; y entonces ¿cómo cuatro autores diferentes, sin verse, ni oirse han podido imaginar idénticamente tantos sucesos complicados con tantas circunstancias? ¿Cómo han podido crear todos cuatro ese incomparable carácter de Jesucristo, indulgente y dulce con los débiles, terrible con los malos, fuerte, enérgico, pero tierno hasta verter lágrimas, elevado, celeste y familiar sin bajeza, el mas sábio y el mas amable siempre de los hombres, lleno de encantadora gracia y de imperio sobre todas las pasiones, de doctrina y conducta seguras y semejantes siempre á sí mismas, de una presencia de ánimo, de una delicadeza, de una exactitud en sus respuestas verdaderamente admirables? ¿Cómo han podido sostener constantemente el vuelo sublime de su grande alma sobre todo lo que es humano, sin debilidad ni ostentacion hasta el momento en que espira como un Dios en el suplicio mas cruel é infame (1)? Rousseau ha dicho y con razon, que

(1) «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sábio, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios.» (*Emilio*)—Véase *Anales de filosofía cristiana*.